


Razones para ser sensato



Carta
8

Querida hija... Querido hijo...

Hace muchos años el gran poeta romano **Horacio** decía: "Atrévete a ser sensato. Empieza hoy. El que pospone la hora de vivir como debe ser igual al **rústico** que para pasar un río aguarda a que acabe de correr toda el agua". No olvides nunca este consejo. Frente al problema que para ti representará vivir de acuerdo con tus **convicciones**, estas palabras pueden serte de verdadera ayuda. Ya descubrirás que con frecuencia en la vida hallamos **toda clase de trabas**. Verás cómo muchas veces, sujetos a un estado de cosas, o de alma, o de **conducta**, no es fácil sacudir la **inercia** y preferimos dejarnos estar en la condición en que nos encontramos, a sabiendas de que al hacerlo cometemos un error. **Nos falta valor para ser sensatos**. Seguimos en la **inacción**, conscientes de que debiéramos remover de nosotros todo aquello que nos impide obrar de acuerdo con la verdad y la conciencia. A veces se **entabla** en el corazón una lucha entre la conciencia, que nos insta a reaccionar como debemos en el tiempo en que debemos hacerlo, y nuestro temor a lanzarnos a una acción que podría crear **nos dificultades** y, tal vez, **impopularidad**. A veces, cuando por fin nos decidimos a obrar es ya demasiado tarde. Pasó nuestra oportunidad y debemos seguir arrastrando nuestra **mediocridad**. Si estas verdades son de inmenso valor en lo que se refiere al aspecto material e intelectual de la vida, ¡de cuánto más valor son cuando se aplican a nuestro problema



espiritual y al hecho de que podríamos librarnos de las mil trabas y prejuicios que impiden el despliegue de nuestras alas espirituales y nos impiden ascender a la cumbre desde la cual podríamos mirar cara a cara al mismo sol!

Debes atreverte a hacer las cosas en el momento en que debas hacerlas y como deban ser hechas. ¡Que nunca te falten la decisión y el valor necesarios para tomar una determinación que te aleje del mal y que ponga tu corazón y tu conciencia a tono con el bien! Y una vez tomada esa determinación, atreverte a vivir de acuerdo con ella todos los días de tu vida. No te bastará con desear ser bueno. Con la ayuda de Dios debes serlo. Ya decía Napoleón: “No se ganan batallas con buenos deseos”.

En una carta anterior te he hablado acerca del valor. Pues bien, para ser sensatos cuando los demás desprecian el serlo, hace falta valor.

Que este no te falte nunca. Atrévete a luchar contra la mediocridad, contra la vulgaridad, contra la rutina, contra el dejarse estar. Te he citado más de una vez las palabras verdaderamente inspiradas, que dicen: “En las vocaciones humildes de la vida hay más de un trabajador que sigue pacientemente la rutina de sus tareas diarias, inconsciente de que hay en él facultades latentes que, puestas en acción, lo colocarían entre los grandes del mundo” (Ellen G. White, *La educación*, p. 81).



Cuántas personas no se atreven a seguir los dictados de su conciencia y, pudiendo ser grandes sobre todo ante los ojos del Todopoderoso, continúan viviendo una vida infructífera, sordos al llamamiento del bien y de la nobleza, miopes ante las magníficas y conmovedoras oportunidades que les presenta la vida. Si te atreves a ser sensato verás que lo que parece imposible se convierte en una realidad. Decía La Rochefoucauld: "Hay pocas cosas verdaderamente imposibles, y más que los medios para lograrlas, nos hace falta realizar el trabajo necesario".

Sí, hija mía... hijo mío, atrévete siempre a rechazar el mal y a llamarlo por su verdadero nombre. El mal, aunque se vista con ropajes atrayentes y se lo disfrace con una aureola de falsa luz, sigue siendo mal.

El buen juicio, la sensatez, te dirá que debes rechazarlo, que debes alejarlo de tu vida. ¡Cuántas veces no solamente no se lo rechaza sino que hasta se lo mima y se lo protege!

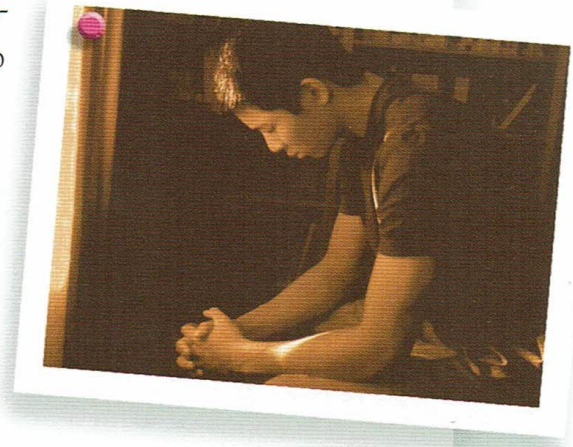
Atrévete siempre a ser fuerte contra el mal.


No sigas la ley del mínimo esfuerzo.

No te dejes llevar por el ejemplo de los necios.

Niégate a escuchar lo que tus oídos no deban oír. Sé capaz de negarte a decir lo que tus labios no deban pronunciar.

Niégate a pensar lo que no deba contaminar tu mente, ni debilitarla.





Decídate a vivir de acuerdo con el espíritu del bien, claramente trazado en las páginas del Libro Divino. En esas páginas sagradas hallarás el valor para atreverte a vivir según los principios de la justicia y la rectitud. En ellas aprenderás a no temer el qué dirán.

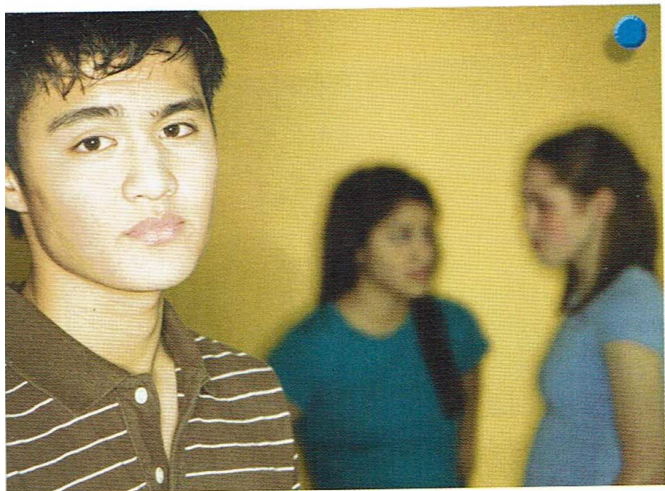
Recuerda que conocer una verdad sin vivirla es peor que ignorarla.

¡Nunca caigas en la cobardía de permitir que la opinión o la actitud de quienes se complacen en el mal determinen tu norma de conducta!

¡Recuerda el ejemplo máximo de Jesús de Nazaret! No hay otro superior a Él. En medio de la **hostilidad** y la **persecución** se mantuvo inmovible en su camino hasta llegar a la cruz del Calvario. Nada lo desvió de su deber, ni alteró su divina sensatez.

Hijo mío, al entrar en la vida, hazlo decidido a ser sensato, es decir, prudente, cuerdo y valiente. Debes serlo frente a la inseguridad que encontrarás en el mundo.

La **incertidumbre** parece haber **minado** aun las instituciones que en un tiempo parecían **inconmovibles**. Ya hemos aprendido —y ya lo comprobarás tú con el correr de los días— que las tormentas que se desatan sobre la tierra pueden arrasarlo todo. Por eso hará falta ser **sensato**. La prueba máxima de la sensatez consiste en contar con la presencia y el poder del todopoderoso Jesucristo. Con él en tu corazón te sentirás **plenamente seguro**. Serás sensato frente a la in-



credulidad, frente a la burla, frente a la persecución y frente a la misma muerte. Serás sensato frente a la cruz del Calvario y sabrás considerarla desde el ángulo más conveniente a tu vida espiritual.

Que Dios te ayude, hija mía... hijo mío, a ser sensato en todo tiempo. No esperes nunca una oportunidad futura para serlo. Sé siempre un ejemplo de sensatez. Que Dios te ayude para que esa sea una característica prominente de tu carácter.

